



AYER Y HOY



N.º 42

Julio - Agosto 1954

NUESTRA PORTADA

Iglesia de Mañosa (Toledo).

(Dib. por A. Pedraza)

SUMARIO

Clemente Palencia.—Un retrato de difícil catalogación.

Fernando Allué.—2, Rue de l'Élysée.

Veritas.—Los mirones.

Alfredo Souto Feijóo.—Un libro de escándalo.

Mario Angel Marrodán.—Poesía femenina.

Sección Poética (*Alfonsa de la Torre.*

F. Molina Verdejo. Juan-Aurelio Sánchez-Tadeo. Rafael Palma.)

Fernando Jiménez de Gregorio.—El escudo de Alcaudete de la Jara.

F. Zarco Moreno.—El paralelo de Rojas.



Un retrato de difícil catalogación

Por CLEMENTE PALENCIA

Cronista Oficial de Toledo

Por encargo de la Embajada de Alemania, tuvimos que enviar una fotografía de este interesante retrato, con destino a una publicación en la Universidad de Bonn. Con tal motivo surgieron infinidad de problemas sobre la absoluta identificación del autor y de la persona retratada.

El lienzo está situado en un testero de la escalera del Excmo. Ayuntamiento de Toledo, frente a otro de las mismas dimensiones de Carlos II; mide tres metros con 30 centímetros de altura por 3,10 de base.

El caso obliga a llenarse de reservas, como hubimos de manifestar a la Embajada, por ser muy difícil la rotunda afirmación de que aquella reina sea Mariana de Neoburgo, segunda esposa del Rey Hechizado; nos inclinamos más bien a creer que represente a su primera esposa, María Luisa de Orleans, por el detalle de las tres flores de lis que campean en la esquina superior izquierda del lienzo.

La indiscutible autoridad de don Francisco Javier Sánchez Cantón media en esta cuestión, según el testimonio de sus palabras en LOS RETRATOS DE LOS REYES DE ESPAÑA (pág. 152) «Suscitan un problema los dos grandes retratos ecuestres de la escalera del Ayuntamiento de Toledo, de los que Ponz escribió: «de Carlos II y la Reina su mujer, tenidos por de Carreño». La insinuación hubo de recogerla Ceán Bermúdez como certeza; pero es el caso que la Reina retratada no es María Luisa, sino Doña Mariana, y, por consiguiente, las pinturas no pueden ser de Carreño. ¿Serán de Claudio Coello?»

Comparando el retrato de la escalera del Ayuntamiento con el otro, también ecuestre, de Mariana de Neoburgo del Museo del Prado pintado por Lucas Jordán, se observa la diferencia del colorido del pelo, rubio en este último y negro en aquél. Por otra parte, son de la más absoluta identidad la colocación de la figura central y los ángeles de la parte superior, que nos lleva a la sospecha de que pudiese pintar los



Doña Mariana de Neoburgo, por Lucas Jordán (?)
(Propiedad del Excmo. Ayuntamiento de Toledo)

dos Lucas Jordán y un retoque posterior desfigurase el pelo, como se ven también un poco desdibujados dos ángeles que hay bajo las flores de lis.

Por razones históricas, es más lógico que la Reina retratada sea Mariana de Neoburgo. Ella regaló a la Catedral Primada las Cuatro Partes del Mundo que se conservan en el Tesoro. Viuda, se retiró a vivir a Toledo, de donde tuvo que salir por ser un inconveniente su presencia allí para los partidarios de Felipe V.

En el 2.º tomo del Becerro de los Jurados (archivo del Excmo. Ayuntamiento), leemos: «El 6 de Noviembre de este año (1700) fué puesto el cuerpo del Rey en el Panteón de El Escorial. Su amada esposa, nuestra Señora, Doña Mariana de Neoburg y Baviera, Archiduquesa Palatina, honró a esta ciudad con preferirla a las demás de

sus reinos para su real estancia, de cuya presencia nos gozamos en particularísimos favores que se sirve de hacer a Toledo».

Dejamos así abierto todo un capítulo por investigar dentro de la Historia del Arte de nuestra ciudad. Si el cuadro es de Carreño, no puede ser la retratada Mariana de Neoburgo, ya que el pintor había desaparecido —3 de Octubre de 1685— antes de morir la primera esposa de Carlos II. Si la retratada es la segunda esposa, el cuadro sólo pudo ser pintado por discípulos de Claudio Coello o por Lucas Jordán.

La cabeza perfecta del caballo, que recuerda a los mejores de Velázquez, es muy de Carreño, pero las razones históricas inclinan a suponer que se trate de una obra de 1690, fecha en que ya estaba casada en España la reina alemana.

2, Rue de l'Élysée

Por FERNANDO ALLUÉ Y MORER

(De la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, de Toledo)

París, siempre en el vértice del interés, siempre ombligo del mundo en cuanto a cosas de arte, nos ofrece en sus días veraniegos, a pesar del desdoblamiento de sus gentes hacia el mar o las alturas, una máxima atracción: la exposición antológica de Pablo Picasso.

Es muy difícil encontrar coyuntura semejante para poder contemplar y estudiar, en el mayor conjunto posible, la obra tan discutible y tan discutida del pintor español, siempre suelta y diseminada por colecciones y museos de las cuatro puntas del mundo.

Enfilando los Campos Elíseos desde la plaza de la Concordia, casi al comenzar, a la derecha, se abre una vía silenciosa y acogedora, la *rue de l'Élysée*. En el edificio señalado con el número 2, se exhiben 51 cuadros de Picasso.

Hállanse clasificados en dos grupos: período 1900-1914, 12 lienzos; período 1950-1954, 20 lienzos y 19 tablas. No está, pues, todo el artista completo pero sí, dentro de la limitación de esos dos lapsos de tiempo, obras muy representativas. Hay, como puede observarse, una gran laguna: de 1914 a 1950, época quizá la más madura y de mayor fecundidad. Pero, en fin, consolémonos con lo que se nos ofrece: para formar un concepto coherente y válido de la realidad del pintor hay más que suficiente.

No había contemplado nunca a Picasso tan en bloque como ahora; alguna pieza auténtica suelta y muchas láminas y fotografías, sí; pero esta reunión de tanta obra y, sobre todo, de factura tan varia, jamás. Hemos dicho *tan varia*. En ello reside precisamente el sentido de toda la exposición, pero más acentuadamente de las 12 telas del período antiguo: va este desde una admirable *Celestina* (1903), pieza espléndida de la época azul, dentro de un estilo académico todavía, tradicional, lejos aun del pincel revolucionario de más tarde, hasta tres telas de 1914, de concepción ya francamente dentro de la línea cubista (1) — señalemos de paso el admirable y famoso *collage* «El estudiante de la pipa» (2) —, pasando por el *Desnudo de las manos juntas* (1905) de la época rosa, y por los dos magistrales paisajes de Horta de Ebro (1909), y también por el estupendo *Hombre de la guitarra* (1913), inserto éste ya en órbita cubista.

Todo lo reseñado, claro, no tiene ahora, en la línea de la obra picassiana, y por tanto dentro de la pintura del actual siglo, sino puro sentido histórico (3). No hay, propiamente dicha,

novedad en este grupo de la exposición. Lo interesante, lo palpitante, centellea (dando un inmenso salto en el vacío desde 1914 a los años vigentes) en el otro conjunto de óleos: 9 de 1950, 7 de 1951, 2 de 1952, 1 de 1953 y 20 de 1954; salvo estos últimos 20, que son telas, los demás están tratados sobre madera.

Inabordable variedad se apunta también en todos ellos: la mirada salta de unos a otros buscando una hipotética unidad que a veces tan solo es temática, mas nunca técnica, de procedimiento. No hay color apenas, y el resultado estético se integra mediante una inverosímil fusión de línea y forma bajo un deshilado cromático muy simplista pero de resultados sorprendentes. Ejemplos de esto son sendas tablas del *gallo* y la *gallina* — verdaderamente originalísimas —, o la *cabra echada*, o el estupendo y caricaturesco *Caballero* — «Le Chevalier» —. Pero sobre todas ellas el *Retrato de Madame H. P.*, para mí la más extraordinaria obra presentada: la cabellera de esta cabeza de mujer es algo que pictóricamente no había visto resuelto jamás con tanta agudeza decorativa y a la vez con tan sumarios elementos técnicos. Porque el Picasso de última hora — 1954 — es así: dotado de tanta maestría profesional y a la vez de tanto desdén por el detalle y la minucia, que las pinceladas, hechas como al desgaire, dan una sensación, sin embargo, de seguridad y acierto que hasta las gotas de pintura deslizadas sobre los márgenes de la madera — y allí abandonadas descuidadamente — nos llegan a parecer imprescindibles para el sentido del cuadro, y hasta estimables.

Hay otra serie de cuadros de tema infantil (a lo que parece trátase de los dos hijos pequeños del artista) también interesante. No lleva firma ninguno, quizá porque, por tratarse de tema tan íntimamente familiar, no sean vendibles. No sé. A mí me gustan menos estos óleos. La niña inserta en un prisma rojo y el niño en un prisma azul, son de línea ligera y muy esquemática; sin color. No, no me acaban de gustar, porque, sin tener desigño caricaturesco, lo semejan, y desde luego carecen de temperatura verdadera, cordial, de auténtico calor humano. No me gustan.

Me atraen más los trece retratos (esta vez lienzos) de una linda *jeune femme*. Es siempre la misma modelo en las trece variantes; trece aspectos técnicos pero no de *pose*. El VIII es francamente realista; como todos los demás, resuelto en tonalidad gris (es-

tamos ahora en la época gris), sin ningún relieve cromático. Todos ellos se dijera trazados al carbón, con una parvedad de paleta que nos deja perplejos. El XI, cubista, sugiere una esfinge (4), pero sin ley de frontalidad, sin verdadero mimetismo egipcio. El XIII, muy sugerente, el de mayor tonalidad propiamente *surrealiste*, con la trenza de pelo — siempre en cola de caballo, según la actual moda femenina —, dando nuevas y desconcertantes soluciones a las eternas interrogantes pictóricas.

No acabaríamos nunca de comentar. Interesantísima toda la exposición. Y quizá aún más interesante que para el simple contemplador como yo, para los técnicos, para los propios pintores profesionales.

Yo desearía que mis amigos Vera y Castaños hubieran saboreado estos cuadros fascinantes; así me suministrarían no solo su opinión, valiosísima, pero principalmente me hubieran ayudado a comprender este difícil concepto, mediante la fórmula Picasso: que el mundo del arte sigue siendo inagotable y los horizontes de la pintura ilimitados.

(Agosto de 1954).

(1) Louis Aragon, en su estudio «Edipe Roi» (Maison de la Pensée Française. — París, Julio 1954) no acepta pasivamente la denominación *cubista* para el arte de la pintura de esta etapa. Así, escribe: «...La simplification magistrale des formes, la décision des plans préudent à l'invention qu'on apellera si grossièrement le cubisme».

(2) Otro *collage* de Picasso muy interesante me fué dado contemplar también en la exposición que este verano se celebró en el recinto del maravilloso castillo de Blois, orillas del Loire, «50 años de pintura francesa». Junto al trabajo aludido de nuestro compatriota, se exhibían lienzos de Van Dongen (tampoco francés sino flamenco), de Juan Gris (también como Picasso español), etc. Lo de «pintura francesa» no tenía ciertamente mucho sentido biográfico.

(3) En este aspecto histórico, lo más destacable es el cubismo como manifestación de pintura. Según Daniel Henry («Der Weg zum Kubismus». — Delphin-Verlag. — Munich 1920) corresponde a Braque y Picasso la fundación de tal estilo. Pero oíd lo que escribe y cuenta el gran poeta Apollinaire («Les peintres cubistes». — Chez Figuière et Cie. — París 1913): «La nouvelle école de peinture porte le nom de *cubisme*: il lui fut donné par dérision en automne 1908 par Henri Matisse que venait de voir un tableau représentant des maisons dont l'apparence cubique le frappa vivement». No hay, pues, en tal denominación la *tosquedad* que cree ver Aragon, sino sentido muy gráfico y exacto; no debe olvidarse que Matisse, autor del título, es una gloria de la pintura contemporánea y casi un precursor del propio cubismo.

(4) Por ello, pero también por otros aspectos, rotula Aragon su citado estudio con este título de sugerencias helénicas: «Edipe Roi»: «*Mais le nouvel Edipe...*», escribe refiriéndose a nuestro pintor (Ibidem, pág. 7).

Apuntes de la ciudad

“LOS MIRONES”

En estos tiempos tan dinámicos, en los que pasa tan rápidamente la vida para la mayoría de los mortales, con ese ir y venir algo atolondrado de hormigas avarientas que les imposibilita el deseo de contemplación por mero pasatiempo, se encuentran otros seres, por fortuna en minoría, a los que llamo «los parados», que únicamente se preocupan en molestar al prójimo con sus impertinencias y propensión a la crítica.

El gozo de estos parados es el de ver cómo los demás trabajan, ya sea en el arreglo de una cañería, cuya rotura ocasiona un chorro elevado, difícil de soldar; el resbalón de las mulas en la calle, ocasionando la rotura del carro que conducen, o las varias peripecias que diriamente se ocasionan.

Con ser esto motivo de atracción y de jolgorio para el parado, no hay nada que interese más a la avidez contemplativa de éstos que el trabajo de un pintor, cuando éste se decide a colocar su caballete en la vía pública. En seguida se ve rodeado el artista de un enjambre de muchachos que surgen de todas partes, los que no solamente se contentan con incomodar, sino que a grandes voces llaman a otros, al objeto de que el grupo sea cada vez más numeroso.

Estos chicos, se complacen en mover lo más posible el caballete donde está colocado el cuadro; meten sus deditos, como dátiles pringosos, en los colores, y comentan, a grandes voces, sin ningún miramiento, las excelencias o las faltas de la obra que se está realizando. Si hay algún colega, pintando cerca, la comparación en la obra no se hace esperar: «Este sí que pinta bien». «El otro es una birria».

A pesar de todo, la chiquillería es más llevadera que el señor formal, ya que aquélla se cansa pronto y desaparece; pero éste se clava al lado del pintor desde que empieza la obra hasta que termina. En algunos casos—vaya esto en descargo de los parados— permanecen sin decir palabra; pero la mayoría de las veces hacen preguntas presuntuosas o se atreven a poner faltas, contando las tejas o los barrotes de los balcones, indicando con superioridad al pintor que faltan siete de aquéllas o dos de éstos en el cuadro. También se preocupan mucho por qué el pintor no pone las *preciosas* jicarillas o la *artística* instalación de la luz eléctrica, con su enjambre de cordones o de alambres de alta tensión.

Entre los parados, se da el caso de que raramente se encuentren las mujeres. Si éstas se detienen, será muy rápidamente y sin comentar, lo que demuestra que el tan cacareado entrometimiento de la mujer, es un invento del hombre para desacreditar al sexo débil, y que el elemento femenino es más trabajador que el masculino, sin posibilidad de perder el tiempo.

Desdichado el productor que tiene que soportar al aire libre las inclemencias del tiempo y las dificultades de su trabajo, y lo que es peor, la falta de comprensión de aquellas personas que no se dan cuenta, o si se la dan no quieren reconocer, que el trabajo es algo muy serio, digno de ser admirado, pero no como pasatiempo machacón o poco elegante.

VERITAS

NUESTRA PORTADA

LA IGLESIA DE MAÑOSA

De este modesto lugar, hoy desaparecido totalmente, sólo queda en pie la iglesia completa, según puede admirarse en el dibujo de la portada.

Madoz, en su «Diccionario Geográfico-Histórico» (Madrid, 1848, Tomo XI), dice: «Es un lugar que forma ayuntamiento con Illán de Vacas, sobre una planicie a la derecha del Tajo; es de clima cálido; tiene 30 casas con tres calles, sin orden alguno; otras arruinadas, en cuyo estado se hallan la del ayuntamiento y

cárcel; la iglesia parroquial, dedicada a San Pedro Advíncula. Confina su término con los de Lucillos, Montearagón y Cebolla».

El día 3 de Febrero de cada año, acuden a esta iglesia numerosos vecinos de los pueblos cercanos a la solemne fiesta que se dedica a San Blas, convirtiéndose el solitario paraje en una animada romería.

Frente a su melancólica soledad, se levanta hoy un pueblo nuevo —Bernuy— con su blanco caserío sin his-

toria, que acentúa más el contraste de este lugar, abandonado entre una inmensa llanura de viñedos.

Todavía existen, especialmente en Cebolla, descendientes de Mañosa, que se reúnen con frecuencia en el atrio de su antigua parroquia, dándose este curioso fenómeno social de subsistir todo un vecindario diseminado por algunos pueblos y conservar su nombre de origen, mientras existe ese nudo vital de la iglesia en que oraron sus antepasados.

GRAFOLOGÍA

Repetidamente, algunos lectores nos habían escrito indicándonos que verían con agrado una pequeña sección dedicada a la «Grafología». En verdad, la falta de un técnico de garantía en la materia nos había retraído el abrir el consultorio correspondiente; hoy, que en efecto contamos con quien pueda dar plena satisfacción a las demandas, el profesor Graphos, y en espera de las mismas, iniciamos la sección con unas breves líneas a manera de prólogo redactado por el técnico de referencia.

«Dime cómo escribes y te diré cómo eres».

Así cual la cara es el espejo del alma, la escritura es el fiel reflejo de las cualidades, buenas o malas, anímicas personales, hasta el punto de que, en el extranjero, las grandes empresas de cualquier orden, al solicitar personal, exigen que los aspirantes deben remitir su solicitud «de puño y letra»; este detalle puede leerse constantemente en cualquier periódico de allende nuestras fronteras, y de vez en cuando en alguno español, pues se empieza a adoptar en nuestro país. La razón es, no otra, la de que expertos en grafología analizan los escritos y pasan sus resultados a la Dirección; ésta, a la vista del informe, selecciona un pequeño grupo y sus componentes pasan a ser los probables solicitantes. Ahora bien: éstos lo saben y saben también que no vale disimular la escritura, pues los rasgos y trazos son tan característicos e

inherentes a la persona, que es imposible equivocarse. Salvado la distancia, y pidiendo mil perdones por la comparación, así como «no hay crimen perfecto», pues siempre el delincuente deja un «cabo» por atar, «no hay quien engañe con su escritura», aún desfigurándola, pues siempre hay rasgo o trazo que delata la idiosincrasia del escritor y su cualidad anímica, buena o mala, sobresaliente, y nos acompañará hasta la tumba.

«Entonces, ¿no puede perfeccionarse la escritura?», me preguntarán algunos. Sí, les respondo, pero la escritura se perfeccionará insensiblemente a medida que nuestras facultades anímicas se perfeccionen; aquélla es consecuencia de éstas.

Las personas que deseen hacer consultas, deben escribir en una cuartilla «lisa» (rayada no vale), y en sentido apaisado, tres o cuatro líneas, compuestas de las frases a voluntad, pero que formen un período completo, es decir, relacionadas a un mismo fin de pensamiento. Esta cuartilla vendrá firmada como acostumbre el solicitante, y, aparte, el nombre y apellidos, dirección y residencia, bien claro todo ello, agregando un seudónimo, si desea que al publicar la contestación en AYER Y HOY, no se revele quién es. Dirigirse a «PROFESOR GRAPHOS». Redacción de AYER Y HOY.—Calle de Alfonso XII, 9.—Toledo.

POR EL MUNDO DEL ARTE

El Gran Premio 1953, Nacional francés de las Letras, lo ha ganado un escritor católico, Andrés Billy; esta recompensa no se concede por un título determinado, sino a una labor en conjunto. Todo el trabajo literario de Billy está impregnado de catolicismo, lo que prueba que hasta en la «laica» Francia, los valores espirituales de la Verdad se imponen a todo un farrago de escritura «tremendista» y procaz. Conviene que los españoles tomemos buena nota de ello... y algunos «perdonen la manera de señalar».

Nuestro premio Nobel literario, hemos nombrado a don Jacinto

Benavente, no perdió la ironía de su ingenio, aún en momentos que pudiéramos considerar decisivos. Pocos días antes de morir, fué a visitarle una actriz famosa, quien animándole le dijo:

—Esto no es nada, maestro, dentro de poco, le vemos otra vez leyéndonos una nueva comedia mientras se fuma el mejor habano regalado por mí.

—Te lo agradezco, hijita —respondió sentencioso—, y con tu ofrecimiento ya me has dado título a la obra: «Humo las glorias de la vida son».

También el reportaje de Tribu-

nales judiciales tiene su mérito. Prueba de ello es el premio de 1.000 Libras que se acaba de ganar Lionel Gath, periodista londinense, por el arte con que adornó la confesión de un tristemente célebre asesino al relatar su crimen. Es de los pocos premios que faltan por instituir en España; quizá sea debido a que nuestro país no es clima apropiado para florecer la fauna de un Jack el Destripador y sus destacados discípulos con que cuenta la Rubia Albión.

A. DESTAJO

UN LIBRO DE ESCANDALO: "EL DIABLO", DE PAPINI

Por ALFREDO SOUTO FEIJÓO

Indudablemente, el converso Papini no ha llegado todavía a la madurez de comprender la doctrina católica en toda su pureza, ni mucho menos; si no, no se explica cómo ha podido escribir, y menos publicar, «El diablo», un libro herético desde muchos puntos de vista, culminando dicha herejía en la afirmación de que el diablo se verá libre algún día del infierno, gracias a la misericordia infinita de Dios.

La Iglesia ha reprobado con toda energía tal engendro, y si Juan Papini quiso escoger con ello una piedra de escándalo para ampliar aún más su notoriedad indudable, mal camino ha elegido, ya que católicos así no nos hacen falta, es más, lesionan nuestras creencias, claras, terminantes, cual es siempre la Verdad de Dios.

Varios fundamentos ha tenido la Iglesia para proceder de tal modo y algunos vamos a exponer, pues si de muchos son sabidos, no faltará quien los ignore, que «de todo hay en la viña del Señor».

Dogma de fe es que el infierno es el lugar a donde Dios relegó a Luzbel, capitán de los ángeles rebeldes, juntamente con éstos, y lugar destinado desde aquel momento a todo perteneciente a la especie humana muerto en pecado mortal. Aquel acto de rebelión está descrito y concretado por los teólogos (salvo algunas discrepancias de detalles que no alteran el fondo de la existencia), y fué la «soberbia» en querer ser iguales a su Creador; por ello, insistimos, el Ser Supremo los lanzó al lugar establecido por Él para sufrir penas «eternas» y del cual «jamás» saldrá quien en él entre. Dogma de fe es este de la «eternidad» definido por la Iglesia, y que ningún católico debe expresar su discrepancia so pena de caer en herejía, castigada su persistencia con la excomunión.

Tenemos, pues, dos dogmas, y como tales, incontrovertibles: la existencia del infierno y la «eternidad» de las penas que en él se sufren.

Y si alguna mera sombra de duda hubiese, debido a la lectura de párrafos difusos, a veces, de los interpretados del Antiguo Testamento, las palabras de Cristo, cuantas veces se refirió al caso, son terminantes, sobre todo, las expresadas en el capítulo XXV del Evangelio de San Mateo: «En el juicio final, el Hijo del hombre aparecerá acompañado de los ángeles, sentado en el trono de su gloria. El género humano resucitará y Él separará unos de otros, como los pastores separan las ovejas de las cabras, poniendo un grupo a su diestra y otro a su siniestra. Después, el Rey dirá a cuantos se hallen a la diestra: —Venid, oh benditos de Mi padre, a poseer el reino que os estaba preparado desde la fundación del mundo. Y a los de su siniestra: —Idos, fuera de Mí, malditos, arrojados al fuego «eterno»

que fué preparado para el diablo y sus secuaces —. Y éstos se hallarán en el «eterno» suplicio —itera—, como los justos gozarán de la vida «eterna».

Como se aprecia, ni el menor resquicio de duda queda sobre la «eternidad» de las penas infernales.

Papini, en su libro, cambalachea con la opinión de Orígenes y su escuela filosófica, nacida allá por el siglo XIII, y que aún hay quien sostiene en controversia, a pesar de lo sofisticado de su base, exponiendo que la suprema bondad de Dios no admite la existencia «eterna» de un lugar de maldad creado por Él, cual es el infierno, y que llegará un momento en que todo lo volverá al estado feliz en que se hallaba el Universo antes de la rebelión de Luzbel y sus secuaces; reforzando su doctrina en los atributos esenciales del Creador, infinito amor y misericordia, que no admiten un infinito contrasentido que los nublen, cual es el del castigo.

Teoría muy bonita y muy «cómoda» si no existiese otra facultad, la «infinita» justicia que, precisamente dejaría de ser y existir si no hubiera una pena proporcional al delito cometido y a la «calidad» de la persona contra quien se comete. Si está admitido en todos los códigos humanos de cualquier sociedad o nación que el grado de pena crece a medida que el ofendido ostenta una mayor jerarquía social o estatal; si una persona atenta contra su patrono, se castiga con una pena que llamaremos «uno»; si atenta contra una autoridad local, se castiga con otra «diez» veces mayor, por ejemplo; si contra una de mayor ámbito o jurisdicción, con otra «cincuenta» veces mayor; si contra una estatal, con otra «quinientas» veces; si contra un ministro, muchísimo más; si contra el Jefe de Estado, la máxima, la muerte; ¿cómo no hemos de admitir, en buena lógica, que el atentado contra un Ser «infinito» debe ser castigado con una pena también «infinita»? ¿Cómo hemos, pues, de discrepar del acuerdo Conciliar, reiterado en posteriores: «Si alguno dice o expone que el suplicio del demonio o de los réprobos es temporal y que un día deberá tener fin, sea excomulgado»?

Vemos, por tanto, de cuanto Papini trata de discutir, discrepar o afirmar en contra en su libro, cae dentro de la órbita del dogma y de lo establecido y constantemente expuesto por la Iglesia, sin variar lo más mínimo tal postulado. No existe, por consecuencia, medio de aceptar sus teorías aparecidas en su libro «El diablo», cuyo título, ya de por sí, es bien a propósito para afirmar más si cabe nuestra creencia y arrojarlo lejos de nuestro alcance y vista, a modo de que arrojamos fuera de nosotros cuanto se relaciona con el capitán de los ángeles rebeldes.

MARIO ANGEL MARRODÁN

Poesía Femenina

ALFONSA DE LA TORRE

Nacida en Cuéllar (Segovia), estudia el Bachillerato en Segovia y la carrera de Filosofía y Letras en Madrid, donde se doctora con una tesis sobre Carolina Coronado. Entre sus obras cuenta con éstas: alguna de teatro, como «La desenterrada», y una novela, «Cierva negra». En verso tiene publicadas: «Egloga» (Madrid 1943), «Oda a la reina del Irán» y «Oratorio de San Bernardino».

Emparentada en su primer libro, altamente revelador y fuente observante de una calidad suficiente, con el eco tradicional de la forma clásica, posee un lirismo característico que le da aire y sutileza de pureza sensacional. Aparte su formación adquirida en el aprendizaje de pasadas situaciones poéticas, se ha de citar esa interpretación personal que es clase y autenticidad de nobleza lírica, amén de su rica densidad, su tonificación vivamente penetrante y vario logro de atrayentes efectos.

PALOMAS

**Palomas en desbandada
sobre la muralla antigua
chorro de nieve en la exigua
riqueza de mi morada.
Palomas bajo la arcada
de invulnerables escudos
que pregonan ecos mudos
de pasados señoriales.
Palomas en los vitrales
de mis ensueños desnudos.**

ALFONSA DE LA TORRE



AL LEÑADOR

Un bosque yerto en tus espaldas duras
yo te he visto cargar, hermano mío.
y en tus ojos un negro desafío
con odio a todas las magistraturas.

Soberbio Anás, rompe sus vestiduras.
para llamarte a tí ladrón ímpio,
mientras vas con tu cruz de hambre y de frío,
por tu calle de eternas amarguras.

¿Qué te podré yo dar, ay, pobre hermano,
por tu mísera carga de sarmientos?
¿Quién comprará tu ajobo de tristeza?

Si ese coloño que hacinó tu mano,
es como el alma de tus pensamientos,
que coronan de espinas tu cabeza.

FELIPE MOLINA VERDEJO

(De su libro «DEL SER Y DEL SENTIR». Colec. ADVINGE. I Jaén.

La voz de mi úlcera de estómago

Soy múltiple raíz de tus dolores,
de avispas laboriosas avispero;
yo anido en tus silencios interiores
la voz del aguijón, cuando te hiero.

Redoma de amargura que en reguero
de hiel, te voy vertiendo en los humores
la gota inacabable, con que espero
domar, total, tu vida y tus vigos.

Constante, voy minando día a día
la mina de tu sueño venturoso,
viviendo en mi veneno tu agonía.

Yo escarbo mi agujero en tu madera,
—carcoma del sosiego y del reposo—
labrando en tu interior mi madriguera.

JUAN-AURELIO SÁNCHEZ TADEO

(De su libro «EL AMOR DE LAS PALABRAS». Avila).

Poema de la tarde

Ama a la tarde
porque es el polvo en la sandalia
y el pastor, a su choza recogándose;
y el «Angelus» que llega de puntillas
a besarnos la frente.

Ama a la tarde,
porque es el aire que se aquieta
sobre el álamo verde, en el regato;
y la alondra que calla
cobijando en el nido su fatiga;
y la espiga, en el surco
que a su sueño de oro se prepara;
y el lago que serena
su lámina de plata;
y el ocaso que tiñe
de malva y de escarlata el cielo puro.

Ama a la tarde,
y la canción que de lo lejos llega
como aura dulcísima.

Ama a la tarde,
porque es el apuntar de la primera estrella
temblando en el espacio;
y la luz que agoniza
hasta parar en sombras de la noche;
y el río, que sus aguas
aquieta en el meandro;
y el raudal vuelo de la golondrina
buscando insectos de oro;
y la rosa que cierra
al rocío sus pétalos carnosos;
y el humo de la hoguera
que el horizonte nubla.

Ama a la tarde,
porque es Amor la tarde, puro Amor,
preparando de todos
el tálamo feliz.

RAFAEL PALMA

HERÁLDICA

En nuestro afán por establecer nuevas secciones que hagan más variada esta Revista, iniciamos hoy la de HERÁLDICA, muy a propósito, por otra parte, a la finalidad para la que hemos fundado AYER Y HOY, pues la Heráldica es, de sobra sabido, una de las más específicas ciencias artísticas.

Dedicadas nuestras actividades para satisfacer a los componentes de la Sociedad ESTILO, nada mejor que abrir un «Con-

sultorio», donde se publicarán el origen de cada apellido propio solicitado, alguna particularidad del mismo y el escudo correspondiente, si lo tiene, a semejanza de los que hoy exponemos.

Además, si algún lector, aunque no sea socio, deseara ampliación de lo contestado o conocer otros asuntos referentes a cuanto se relacione con los apellidos y sus escudos, o bien tener contestación particular, deben acompañar a su petición un

sobre debidamente franqueado, con las señas bien claras del interesado, y se le indicará condiciones.

Diríjense a «BLASÓN».— Para el consultorio de HERÁLDICA.— Administración de AYER Y HOY, Calle de Alfonso XII, 9.—TOLEDO.—El firmante deberá hacer constar sus señas completas, y, si desea no verlas publicadas, acompañará un seudónimo.

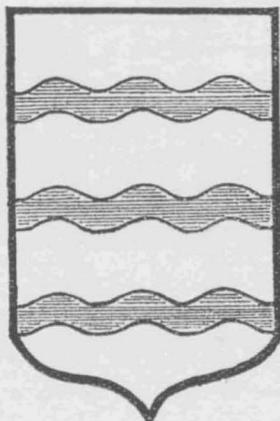
CONSULTORIO



«M. G. R.».—MADRID.

El apellido GÁLVEZ fué fundado por el caballero Bernal de GÁLVEZ, avecindado en el pueblo de GÁLVEZ (Toledo), de donde fué llamado a ser uno de los tres jueces árbitros para nombrar sucesor a la corona de Aragón en el Compromiso de Caspe. De aquí pasó a Teruel con su familia, donde estableció casa solariega.

ESCUDO.—De plata, con un árbol de sinople y dos lobos de sable atravesados a su tronco y cebados de sendos corderos.



«PORTASOL».—TOLEDO.

El apellido MARÍN proviene fundacionalmente de la villa de MARÍN (Pontevedra), aunque varias fueron después las ramas que establecieron casa solar propia, entre ellas la del antiguo reino de León que, fusionado con Castilla, pasaron sus descendientes a toda España. Otra rama importante fué la procedente de Cuenca, fundada por un caballero al servicio de los Reyes Católicos.

ESCUDOS.—En campo de plata, tres fajas ondeadas de azul.

(NOTA.—Se da el escudo correspondiente al mayor linaje).

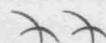


«UN BARGUEÑO».
BARGAS (Toledo).

El primitivo BARGAS derivó en el actual VARGAS, fundado por Iván o Juan de BARGAS, cambiada ya por éste la B en V, caballero a las órdenes de Alfonso VI, conquistador de Madrid a los árabes. Su casa solar está ahí en BARGAS.

ESCUDO.—De azul, con cuatro fajas ondeadas de plata.

«BLASÓN»





El Pasado de Alcaudete a través de su escudo⁽¹⁾

Por FERNANDO JIMÉNEZ DE GREGORIO

I

Valor histórico de Alcaudete de la Jara

Alcaudete ha tenido siempre una destacada significación en la parte central de la comarca jareña, asistiendo desde el más temprano amañecer a la noble tarea de ir construyendo su historia.

A lo largo de las márgenes del Jéballo, que cruza su tierra de S. a NO., se ha ido asentando, desde tiempos remotos, los más variados pueblós y culturas: desde la ibérica con su necrópolis de Los Villarejos y el toscó verraco de El Cortijo, a la ocupación arábigo-musulmana, con sus fuertes torres-vigías, pasando por los romanos que dejan restos de mosaicos en las inmediatas cercanías del actual caserío y los visigodos con sus enterramientos del cerro del Angel.

De origen árabe es la raíz del término *alcaudete*, derivado seguramente de *alcalat*, que significa fortaleza, refiriéndose, en este caso, a la que como venerable reliquia se conserva con el nombre de *Torreón del Cura*, uno de los monumentos arquitectónicos más antiguos de la comarca.

Las incursiones cristianas en el territorio ocupado por los musulmanes y la réplica de almorávides y almohades, redujeron el caserío a ruinas, quedando totalmente abandonado después de las batallas de Alarcos (1195) y Las Navas de Tolosa (1212), tanto que, en los comienzos de la décimocuarta centuria, solo quedaba en pie la famosa señera torre, cerca de la cual, y a su amparo, levantó, un anónimo cazador, su humilde vivienda, iniciándose con ella la repoblación, en el mismo cauce del río, que continuaba siendo, una vez más, im-

portante foco de atracción humano.

La aldea, que había sido administrada desde sus comienzos por el municipio talaverano, pasó, como toda La Jara, en el 1369, del señorío del Rey al de los arzobispos de Toledo, que lo ejercen hasta, aproximadamente, el 1593, dependiente desde entonces del señorío municipal de Talavera, que finaliza con la



supresión de los señoríos en 1812.

Con cierta rapidez se va construyendo el nuevo caserío, erigiéndose la primitiva iglesia bajo la jurisdicción parroquial de Talavera, que ya en el 1433 está representada en la *Concordia*, por la que se organiza como parroquia independiente, con un extenso término que comprendería las aldeas de Navalucillos de Talavera, Torrecilla de Alcaudete, Espinoso y Belvis.

La fertilidad de sus tierras del Centro y Norte, con amplias dehesas como El Cortijo, Castellanos, Mordazga, San Juan, Montejar, Calatrava y La Peraleda, entre otras, vincula a ésta el interés de la nobleza y de poderosas comuni-

dades religiosas o eclesiástico-militares, convirtiendo el distrito alcaudetano en zona de ricos latifundios en donde, el casi ilimitado poder económico y político del señorío feudal, resta pujanza, por la especial organización económica de la tierra, al natural desarrollo de su población que, a pesar de lo espuesto, era, en el siglo XVI, de las más densas de la Jara, con sus 1.500 habitantes.

Tuvo la fortuna el Lugar que, en esa centuria, fuera regida su parroquia por una estirpe de sacerdotes generosos, inteligentes y activos que emplearon las rentas del rico beneficio curado, valoradas en 2.500 ducados, en la construcción de un nuevo templo, de estilo gótico tardío, con una espléndida torre de gusto herreriano, el más bello conjunto monumental de la comarca, al que irán siempre unidos los nombres del prócer Doctor Algarra, iniciador de las obras, y de los Bustamante, que la dieron cumplido fin.

El regadío, aprovechando las aguas del Jéballo, benefició desde muy antiguo las fértiles tierras aldeñas al naciente caserío; surgiendo sus magníficos linares y huertas que, ya en el siglo XVI, producían variadas hortalizas y frutas, aumentadas en tal grado que en el 1781 llegan a contarse cincuenta y cuatro, cultivándose cañamo, algodón, variados frutales, moreras y tempranas hortalizas famosas en la comarca y conocidas en los mercados de Talavera, Toledo y Madrid. Las moreras, muy abundantes, mantenían la riqueza sedera.

La producción ganadera y cerealista completa este cuadro de importancia económica del Lugar.

No es extraño que por todo lo

(1) Este escudo fué favorablemente informado por la Real Academia de la Historia de Madrid y, posteriormente, creado por Decreto de 21 de Mayo de 1954.

expuesto se le concediera el título de Villa, por R. D. de 6 de Abril de 1911, siendo ministro de la Gobernación Don Demetrio Alonso Castrillo que, conociendo bien sus posibilidades agrícolas, procuró mejorarlas en la medida de sus fuerzas.

Este pasado bien merece que en honor de las pretéritas generaciones, para ejemplo de las venideras y estímulo de las actuales, se recoja, con la adecuada simbología, en un escudo, los más interesantes momentos de la vida de Alcaudete de la Jara, siendo el que suscribe, por especial encargo, el que se honra ofreciendo este servicio a esa villa, cumpliendo con ello el deber que le impone su oficio y el dulce mandato de la común tierra jarena.

II

a) *Corona, forma y partes* (2).

Al ser declarada Villa por disposición regia, es lógico que la corona que remata el escudo sea la real y precisamente la de ese tiempo: compuesta por un círculo de oro, con engastes de piedras preciosas romboidales, con ocho florones entrepuestos de una perla, cubiertos de otras tantas diademas cargadas de perlas, cerradas en lo alto hasta juntarse y sobre la unión un globo centrado y cruzado de una cruz llana.

Su forma es la más usada en España: cuadrilonga y redondeada en su parte inferior.

Va dividido en cuarteles con una zona cortinada.

b) *Primer cuartel.*

Dedicado a las primitivas poblaciones y al comienzo de la repoblación cristiana.

Inmediata a la torre musulmana, el más destacado vestigio de las poblaciones anteriores a la reconquista cristiana, construyó un solitario cazador su vivienda; con ello echaba los cimientos al nuevo Alcaudete.

Por ello: en campo de sinople (verde), que simboliza la huerta en donde esa torre se levanta y toda la permanente riqueza hortícola y fru-

tera, se trae sobre ondas de azur (azul) y plata, que representan el muy próximo y a veces peligroso río Jébaló, causa primera de la villa, una torre de plata, aclarada en sable (negro) y coronada por una ballesta de oro, arma usada por el cazador (balletero) de aquellos años de la Baja Edad Media.

c) *Segundo cuartel.*

Se dedica al templo, simbolizando por su patrona la Purísima y sus magníficos constructores, los curas propios Don Juan Algarra y sus sobrinos, llamados los dos, Cristóbal Bustamante.

El Doctor Algarra, aunque no era del país, había nacido en Murcia, dedicó su vida a la caridad y al magno proyecto de dotar a la cabecera de su parroquia de una gran iglesia, iniciándose con él las obras que terminan los citados Bustamante (1532-1596). Aparte de esto, el benéfico Algarra, funda una capellanía y un hospital, dotando ambas instituciones con largueza.

Por lo expuesto: en campo de azur un blasón español con bordura de plata (ambos colores simbolizan a la Purísima), cortado; en la parte superior las armas de Algarra (sobre campo de azur tres veneras de oro, dispuestas la primera en jefe y las otras dos en punta) y en la inferior la de los Bustamante (en campo de oro trece roeles de azur, dispuestos en palo en triple fila, cuatro en la primera y tercera y cinco en la segunda).

d) *Tercer cuartel.*

En él se representan las Ordenes militares, la comunidad de los jerónimos talaveranos y las personalidades nobiliarias que estuvieron permanentemente vinculadas a las tierras.

Los jerónimos poseyeron Castellanos, riquísima y extensa dehesa, buena parte en el término de Alcaudete; las Ordenes de San Juan, Santiago (el hospital de los caballeros de Santiago de Talavera, fué dueño de la dehesa llamada Mordazga) y Calatrava, fueron propietarias de las dehesas que actualmente conservan

el primero y tercero de esos nombres; de las estirpes nobiliarias, sin duda la de mayor tradición por su antigüedad y permanencia en el territorio, aparte la extensión de sus propiedades, fué la de los Duque de Estrada, propietarios del llamado Torreón del Cura, de su huerta y de El Cortijo. Montejícar perteneció a la familia de los Silva, creados condes de Cifuentes por Enrique IV.

Así, pues: en escudo cuartelado en aspa tienen representación aquella orden, milicias y estirpes, a saber: 1.º en campo de gules (rojo) la rueda de Santa Catalina de oro (símbolo de los jerónimos de Talavera), y la cruz de San Juan de plata (orden Sanjuanista) situadas en jefe; 2.º en campo de oro las cruces de gules de Santiago y Calatrava, la primera en jefe y la segunda en punta; 3.º en campo de azur tres bandas de oro cargadas de siete armiños de sable, dos en la primera y tercera y tres en la segunda (Duque de Estrada); 4.º en campo de plata león rampante de púrpura, coronado de oro (Cifuentes).

e) *Cuarto cuartel.*

El corzo, que todavía se conserva en el siglo XVI, representa la antigua fauna y sus relaciones con la caza, fase esta muy importante, como ya vimos, en el pasado.

Por eso, se trae en campo de oro (que simboliza las mieses en sazón, una de las grandes riquezas, antiguas y modernas de la villa) el corzo en su color.

g) *Zona cortinada.*

Forma parte Alcaudete de la comarca de La Jara, siendo uno de sus pueblos más destacados. Por ello se trae en campo de sinople la flor de la jara, de plata.

h) *Lema o divisa.*

Habiéndose comenzado a repoblar al pie de una vieja torre y siendo esta la causa de aquella repoblación, consideramos como lema adecuado el siguiente, en sable: «Una torre fué mi cuna».

(2) El dibujo ha sido realizado por el laureado pintor murciano Don José M.ª Almela Costa, Catedrático.

EL CONDE DE CASAL

Ha fallecido en Madrid el Excmo. Sr. D. Manuel Escrivá de Romani y de la Quintana, Conde de Casal, asociado de ESTILO como fundador. Repetidas veces hemos publicado colaboraciones del ilustre prócer en nuestra revista. En cualquier acto cultural de la vida toledana figuraba su nombre, prestigiando toda clase de iniciativa que se relacionase con las artes. Instituyó en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas el «Premio Alcora». Su desaparición constituye para los toledanos una dolorosa baja imposible de sustituir.

FONDO Y FORMA

Puente sobre el abismo.—*Narraciones, por Bernardo ALDUENDA.*

En esta colección de narraciones, el autor nos introduce en una tertulia de amigos, donde cada uno va relatando un caso, con sus sendos protagonistas comportándose en su vida según cree que debe ser la finalidad para que ha nacido el hombre.

Libro filosófico, aún a la ligera; en él se formulan tesis y se plantean problemas, con ancho margen al pensamiento y a la dialéctica, que el señor Alduenda no se atreve a dar solución, quizá porque él mismo en persona anda fluctuando en busca de lo verdadero. Se nos antoja, además, que está influido de las doctrinas de Krause y Sanz del Río, que tuvieron su «moda» hace una cincuentena de años y arrumbadas hoy día en su mayor parte, afortunadamente.

El estilo es confuso, a veces, y difícil de discernir en bastantes pasajes. Por ello, creemos que estas narraciones sólo son dables a aquellos que se dedican a esta clase de estudios.

Mirando al mar.—*Colección de poesías, por Anita CUÉLLAR.*

Ingenuidad, delicadeza, dulzura, bellas imágenes literarias campean a

lo largo de las páginas de este tomito presentado por Anita Cuéllar. Como el título indica, son una serie de poemitas, sonetos la mayoría, que cantan al mar en sus diversas facetas; muy logradas algunas piezas versificadas, contienen onomatopeyas y armonía acertadísimas. Auguramos a la autora un gran éxito.

Perseguida.—*Novela, por Horacio LUGARES.*

¿Qué podemos decir de esta novela...? Asunto trillado, lugares comunes, fárrago de literatura (¿?) «tremendista» al uso... Es lástima que el autor, de quien conocemos otras producciones, vaya deviniendo en mercantilizar su pluma. Confiamos en que un próximo libro nos quite el mal sabor dejado por éste y nos dé ocasión para un juicio más agradable.

Crímen impune.—*Novela policíaca, por Francisco DÍAZ ALTAMIRA.*

La novela policíaca que con tantos adeptos cuenta ya en España, va teniendo también sus autores especializados. Uno de ellos es Francisco Díaz Altamira, aunque esta vez más se incline a lo criminal que a lo policíaco específico. El motivo de la obra es una

enfermedad que un médico transmite a su esposa por medio de inyecciones graduadas hasta matarla; hereda su gran fortuna y la dilapida en una vida de crápula y falsos amoríos. Aunque hay sospechas vehementes de que cometió el crimen, apoyadas por las rotundas declaraciones de un su ayudante, sale absuelto por los Tribunales, pues «científicamente» la causa de morir la infeliz fué otra. El crimen queda, por tanto, impune, aunque nosotros no lo creemos así, ya que el médico muere en un manicomio atacado de «delirium tremens», mientras pronuncia frases de remordimiento por su acción; por tanto, éste es el castigo terrible del criminal.

Considerada literariamente, la novela no ofrece particularidad alguna (rara es esta clase de novelas que la ofrece, ¿por qué?), aunque el autor consigne despertar nuestro interés por la forma en que va desarrollado el asunto.

A. S. F.

NOTA.—Los autores o editores que deseen ver enjuiciados los trabajos, pueden remitir dos ejemplares a A. S. F.—Para FONDO Y FORMA de «AYER Y HOY».—Alfonso XII, 9.—Toledo.

EXCURSIÓN ARTÍSTICA

El día 3 de Julio se realizó una excursión de tipo turístico y cultural por algunos pueblos de nuestra provincia, en la que tomaron parte bastantes asociados de ESTILO.

En TORRIJOS pudimos admirar la capilla del Cristo de la Sangre y la suntuosa iglesia colegiata, que fué detenidamente vista, bajo la dirección y explicaciones del Sr. Pardo, vinculado a esta villa por razones de su profesión.

Coincidiendo con el IV Centenario de la aparición del Lazarillo de Tormes —las tres primeras ediciones que se conocen son de 1554—, nos detuvimos a visitar las interesantes murallas y el castillo, hoy reconstruido, de MAQUEDA, leyendo junto al rollo el segundo capítulo del libro en que se relatan las aventuras de Lázaro como monaguillo y las artes de que se valía para sacar el pan del arca del cura de Maqueda.

En ESCALONA visitamos detenidamente las impresionantes ruinas del castillo de Don Alvaro de

Luna, leyendo también dos cuentos del Conde Lucanor, en recuerdo de haber nacido en esta villa el Infante Don Juan Manuel. Nos encantó el rollo magnífico de ALMOROX y la portada de su iglesia parroquial, finalizando la excursión en los pinares de CADALSO DE LOS VIDRIOS. Antes de regresar a Toledo se visitó el castillo del Duque de Frías, una de las muestras más significativas del plateresco de la época del Emperador aplicado a los palacios rurales. Este es hoy propiedad del escultor almeriense Juan Cristóbal, que ha decorado sus ruinas con boj y arryanes al modo de Generalife granadino, sobre cuyo fondo de verde intenso se exhiben algunas de sus obras, casi todas de su primera época artística. Las últimas luces de la tarde daban un adecuado ambiente a la belleza de la suntuosa mansión del artista. Agradó extraordinariamente a todos los asistentes esta excursión del día 3 de Julio.

ITER

EL PARALELO DE ROJAS

Por FRANCISCO ZARCO MORENO

De entre todas las cosas que los judíos «se llevaron» de España al salir de ella por mandato real, la que más hemos echado en falta ha sido la idea de un Commonwealth. Me explicaré. Del éxodo judío en España sólo podemos hoy decir y escribir nostalgias hacia el noble pueblo sefardí. El caso se debe a que lo que se llevaron fueron muchas ideas, muchos recuerdos y muchos símbolos que perduran como perduran las cosas del espíritu de generación en generación, y que asociadas en la actualidad a la idea de España, sólo dan prestigio y voz a los dos pueblos. ¡Ojalá todos los saqueos de la historia hubiesen sido tan inateriales, para no haber podido hablar mal de ellos y haber centrado nuestra atención en aquellos otros que bajo título de nobleza eran descarada piratería! Ellos prefirieron las llaves de sus casas toledanas que aún conservan, los refranes, un castellano vital que en 1954 suena a Edad Media, donde escribano, hermosa por hermosa, troncar por cambiar y ungüento piden todavía un trovador.

Disraeli el semita que dió y forjó para Gran Bretaña un imperio, nos da que pensar —y los mismos judíos lo han proclamado y Agustín de Foxá lo sabe— en el distinto rumbo que hubiese tomado la historia con los judíos en España, el descubrimiento de América y los maravillosos juegos malabares político-administrativos de los hijos de Sión, y pensamos consecuentemente por tanto en la probabilidad de que a estas horas el Commonwealth fuese español. España al menos hubiese dado la limpieza de una procedencia, la de sus heroicos descubrimientos; no queremos pensar en la porquería que hubiese volcado sobre nosotros la historia negra si los del «juego» hubiesen sido aún de lejos los judíos. No fué así y nos cargaron las tintas, pensar si estos sefarditas al estilo británico a la suciedad de una procedencia unen el delito de ser judíos y sobre eso y ante todo españoles. Es quimérica la reconstrucción histórica basada en lo que pudo suceder y si en vez de «A» hubiese sido «B». Pero no podemos pasar sin ideas, sin suposiciones, sin símbolos y sin recuerdos. Y de ello damos gracias afortunadamente.

* * *

Cuando en 1845 los sefarditas de Sofía no pueden resignarse a un recuerdo, envían a Toledo a un arquitecto que en planos «se lleva» la Sinagoga del Tránsito para una reconstrucción exacta en los lejanos Balcanes. Qué lejos estaría de pensar todo esto Joseh ben Sossan, almojarife de Alfonso VIII e hijo de Sión, que construyó esta Sinagoga del Tránsito toledano.

(Esta es la armonía de razas e ideas que hace notar en Toledo el Dr. Marañón. Se podía ser judío y a la vez almojarife del rey cristiano Alfonso VIII, o como en el caso de la traducción de la Biblia de la casa Ducal de Alba, ser colaboradores monjes y sefarditas).

Creemos que la permanencia tanto de las ideas como de las cosas radica en mucho en la dulce poesía, en la noble sensibilidad con que se cante a las mentes.

Por unas sencillas pero enormes palabras lapidarias que retumban en la catedral como trueno bíblico —polvo, ceniza y nada—, es más conocido o por lo menos más curioseado aquel Cardenal Portocarrero de la princesa de los Ursinos, que toda la legión de capelos de que está sembrado el suelo catedralicio.

Aquí y al margen de la cuestión cabría el preguntar si una excesiva sencillez o humildad llama más la atención si se lleva al máximo extremo —¡dichosos extremismos!—, o lleva consciente o inconscientemente una egolatría emboscada y exhibicionista. Siempre desconfiamos de Pío Baroja y de S. F. de A. a este respecto. Pero volviendo a nuestra poesía de las cosas y a la poesía de la pequeña historia, queríamos decir algo más de los judíos, de Toledo y de unas lápidas relacionadas con todo aquello que los judíos «se llevaron».

En aquel bagaje iba también el libro de Abne Sikarón «Piedras de recuerdo», y que contiene las 76 inscripciones copiadas directamente de las lápidas del cementerio hebreo de Toledo. Confrontadas en recientes años las inscripciones con las lápidas que guarda el Museo de Santa Cruz, coinciden exactamente. Quizá Abne Sikarón, pensando en la pequeñez humana, sacó estas copias antes de salir de Toledo por si las lápidas desaparecían o por si no nacía un Francisco San Román que las recogiese y conservase. Afortunadamente a donde hay previsión, que a la postre es amor a las cosas y a donde hay varias fuentes siempre quedará alguna, así quedan inscripciones y algunas lápidas como ocurre en el caso del médico Rabí Jacob ben Sarcasan, del que se conserva lápida y la transcripción de Abne Sikarón.

Gracias a esta serie de circunstancias, permanece entre nosotros la memoria de 76 judíos toledanos. Es la permanencia de la belleza de que hablamos antes.

Porque estas inscripciones tienen la belleza de la poesía en el canto apasionado, dulce y tierno de una apología de la persona desaparecida. Sus méritos, sus virtudes, su obra, su familia, todo está allí relatado en el lírico estilo del Pentateuco.

Y por eso permanece. Que lejos de las gélidas y olvidadas lápidas de hoy redactadas como ficha burocrática. Luego pedimos «alma» cuando hasta los «números» invaden el santo campo.

De estas copias del manuscrito de la biblioteca de Turín, a la que fué donado por Tomás Valperga Calusio e impreso en Praga en 1841 por el hebraista Samuel David Luzzatto, sobresalen, además de las anteriormente mencionadas, las de la rama familiar Ben Ascher, Mariam, Hayim, Juda y Jacob Ben Ascher, muertos todos ellos durante la peste que diezmó Toledo en el año 1349; las familias Haleví Aboulafia, un Isaac Navarro, los Ben Sossam y Meir ha Leví, de cuya esposa Sitbona se conserva la lápida. Al leer la lápida número diez, Menahe Ben Arón, dice: «¿Qué ventaja tiene el hombre en trabajar toda su vana vida, si su alma volverá a su hogar, hacia Dios, de donde ella emana»? ¿Por una asociación de ideas todo esto a quién nos recuerda? No es verdad que al Santo de Loyola. ¿No asociaría Ignacio a su célebre pensamiento «de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, etc., etc.» el pensamiento de Manahe Ben Arón?

No se acaban aquí por hoy nuestros judíos, aunque no temáis que no hablaremos de la Escuela de Traductores de Toledo, única cita por otra parte en los libros de texto, cuando la verdad es que casi todo él fué hebraico. Hablaremos de cosas más pequeñas pero más sabrosas. Como la fresa, color, olor y sabor.

* * *

Fernando de Rojas es de color, olor y sabor judaizante, por eso le traemos aquí. Tiene todos los requisitos. Fué alguien, es judío de padres judíos, aunque él sea quizá converso, y se mueve en el eterno telón de fondo: Toledo.

No nació en la misma capital, pero dejando fuera repugnantes demarcaciones localistas, patrimonio de lo canijo, Toledo en su prolongación es Bargas, Rielves, Maqueda, Polán o Escalona, y sólo nombro aires judíos. Tal es así, que creo que hay actualmente en Israel un pueblo de nombre Skalón. Rojas es de la Puebla de Montalbán y avecindado y letrado en Talavera de la Reina, llegó a ser Alcalde Mayor de esta villa.

Hay lugares, sitios y ciudades que en cuanto son pisados por un individuo de mentalidad predispuesta a la creación artística, tienen el embrujo maravilloso de poner en marcha toda la actividad creadora. La región toledana es uno de esos mágicos escenarios. Es la fuente inagotable de inspiración, la fuerza poderosa, el motor que moverá al espíritu a una alta concepción. Surge la chispa y prende.

Puede ser lo rotundo y fuerte de su campo, sus habitantes, sus pasiones... puede ser todo junto. Las tremendas pasiones castellanas requemadas por un sol de desierto y sobre unas criaturas por mitad árabes y por mitad judías.

Casi todo es tragedia. Desde Cervantes a Gastón Baty, pasando por Rojas, Lope, Tirso y Benavente, sin olvidarnos de Gaspar Gómez, Francisco Delicado, Medinilla o Vasconcelos, engendran mentalmente en este escenario sus más grandes obras.

Desde muchos pasajes cervantinos y «La ilustre fregona», «La Dulcinea» de Baty, «Los cigarrales» del mercedario, «La Dorotea» y «Eufrasina» hasta «Señora ama» y «La Malquerida», sólo con Toledo y en Toledo pueden ser gestados.

Y hablábamos de Rojas. Pues bien. ¿Qué diremos de la Celestina? Las calles, las cuestas, los personajes, todavía los podéis ver. Lanzaros a callejear y recorrer de noche o de día el Toledo que va desde San Cipriano y el antiguo convento de Gilitos por todas las carreras de San Sebastián, San Andrés, el Barco, Pozo Amargo hasta San Miguel o San Justo y os aseguro que no están representando teatralmente el drama de Rojas, están simplemente viviendo.

¿Es posible que el Alcalde talaverano no pensase en su Celestina en Toledo, si a Toledo venía un día sí y el otro también, si en él vivía y callejeaba y... pernoctaba? Si las casas de Gaitán en las Covachuelas pudiesen susurrarnos al oído —en voz alta no sería tolerado para menores—, con cuánta alegría veríamos confirmadas nuestras suposiciones. No hace falta. Gaitán calla como silenció el nombre del verdadero propietario de aquel negocio. Pero luego el tiempo, que es la gran mentira, nos dice la gran verdad. Esta verdad es la permanencia de las cosas.

Otras formas, otros seres, pero el mismo fondo incommovible y casi eterno. Toledo será siempre así. Es su misterio. Podríamos estar hablando de «La Dulcinea» de Baty muriendo en Zocodover convertida en símbolo o del Rubio de «La Malquerida», corriendo por los surcos de Aldeancabo, todo un libro y en verdad que esta literatura teatral moderna lo merece y merece un emplazamiento para hacerlo.

Pero hoy tocamos la última rama. Esta eterna rama que es Toledo.

Toledo al final es cristiano, pero tuvo en su vida —y esto deja huella en un Toledo incommovible— un órgano vital en nuestra historia que está hecho de aduar y zoco, ghetto y judería. De sol africano, de paredes blancas y molicie calentona. De blanca placidez en el vivir. De ojos tapados, candelabros de siete brazos y de harén. De un hipotético juego de piernas en los baños de la Cava, se hace piedra angular de historia. Ese es el embrujo y el duende oriental.

Junto a esto la necesaria y famélica legión de rastroseros servidores. Troteras, celestinas, entrailados, espadachines y truhanes. Sólo aquí la Inquisición, desde las iluminadas de San Plácido hasta la Aldonza del teatro francés, tiene justificación.

Toda la picaresca de una gran ciudad —Toledo era capital de un Imperio— y la granjería de lazaretillos de caminos y zocos de leyenda o de historia pasa por este paralelo. El paralelo de Rojas.

Toledo, 23 de Agosto de 1954.



RAPAEI GÓMEZ-MENOR, IMPRESOR
Sillería, 13 y 15 y Comercio, 57.—Toledo

